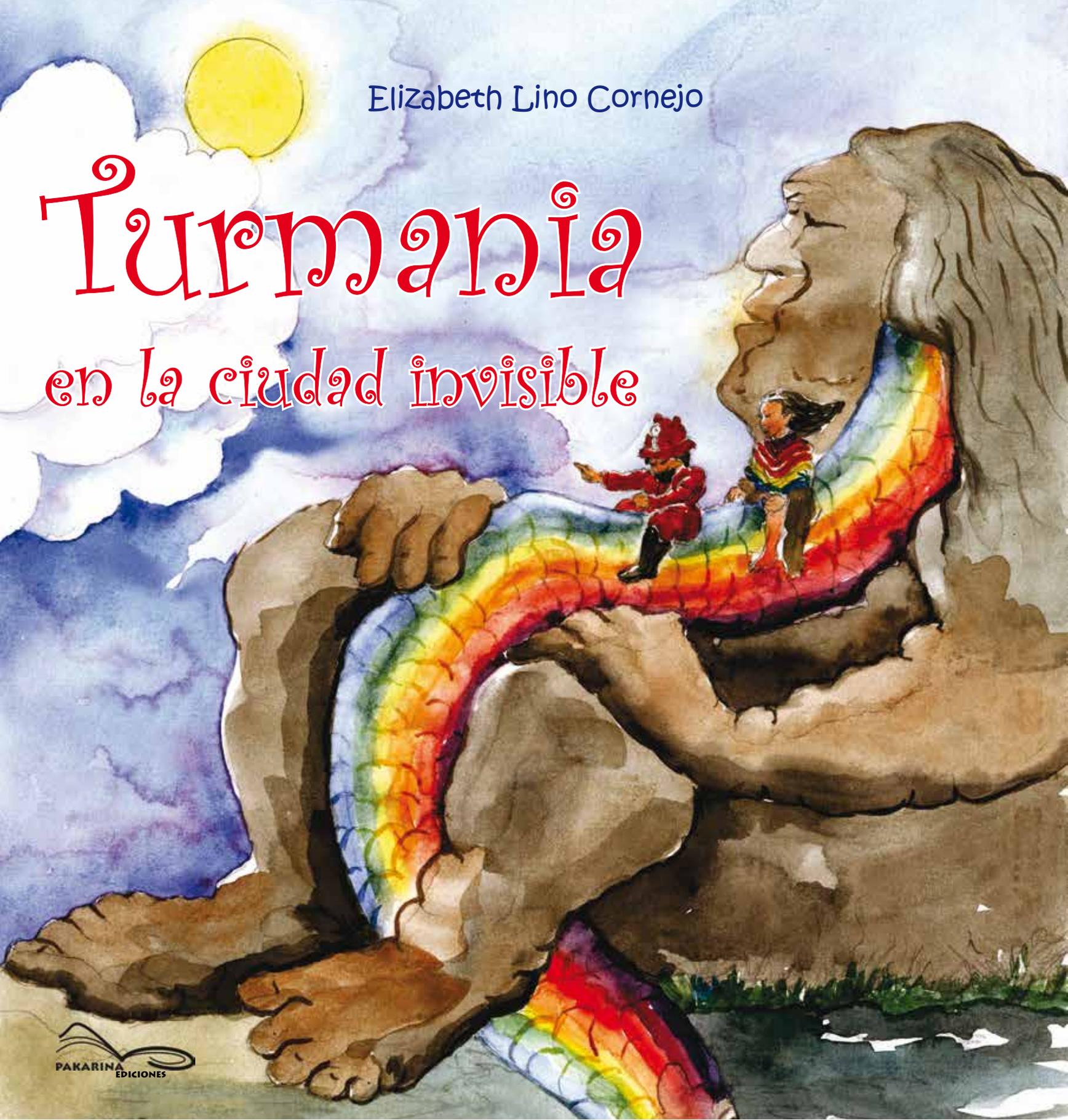


Elizabeth Lino Cornejo

Turmanía

en la ciudad invisible



"Cuando era niña y miraba el paisaje a través de mi ventana, pensaba que todas las ciudades del mundo eran como mi ciudad; fría, gris, con días de lluvia interminables y sobre todo, con un gran agujero en medio. Así pensaba yo, que eran todas las ciudades del mundo"

Elizabeth Lino Cornejo

The background of the cover is a watercolor illustration. On the left side, there is a bright yellow sun partially obscured by a large, white, fluffy cloud. The rest of the background is filled with soft, blended washes of light blue and lavender, suggesting a sky or a dreamlike atmosphere. The overall style is soft and artistic.

Turmanía
en la ciudad invisible

Ilustraciones de Antonio Trujillo Ramírez



Turmania en la Ciudad invisible

© Noemí Elizabeth Lino Cornejo

© Pakarina Ediciones S.A.C.

F-12, Juan Pablo II, 3ra etapa. Lima 31

Teléfonos: (51) (1) 5220554 / (51) (1) 999427705

E-mail: pakarinaediciones@gmail.com

<http://pakarinaediciones.blogspot.com/>

Responsable de edición: Dante Gonzalez Rosales

Corrección de texto: Pakarina Ediciones

Diseño y diagramación: Judith León Morales

Ilustraciones: Juan Antonio Trujillo Ramírez

Primera Edición: 2010

Hecho Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú: 2010-07980

ISBN: 978-612-45706-4-3

Impreso en: Ediciones Sermat Alfaro E.I.R.L.

Tiraje: 1000 ejemplares

Esta publicación puede reproducirse total o parcialmente para usos educativos o sin fines de lucro siempre que se incluya un reconocimiento de la fuente.

Impreso en el Perú

The background is a watercolor illustration. It features a large, irregular white shape in the center, resembling a stylized face or a large letter 'O'. This shape is surrounded by various shades of blue and purple washes, creating a soft, ethereal atmosphere. The colors transition from light blue on the left to darker, more saturated blues and purples on the right and bottom. The overall effect is that of a delicate, artistic watercolor painting.

Para Gogú, Charli
y los niños y niñas de Rancas

Puyumarca

Rodeada por una densa niebla la cual la hace imperceptible a los ojos de cualquier viajero. Detrás de la Cordillera de los Andes, la Cadena de montañas que se acomoda sobre la tierra a manera de una larga fila de cansados caminantes, se halla el pueblo de Puyumarca.

En sus verdes campos, entre quinales y cactus, corren entretenidas vicuñas, pumas y tarucas. Por las mañanas, las aves despiertan con cantos bullangueros a hombres y mujeres que entre conversaciones y risas se entregan al trabajo. La tierra, madre benévola, los engríe con abundantes cosechas de maca, olluco, maíz, papas, yuca y todo tipo de jugosas frutas.

Sus calles angostas están rodeadas de pequeñas casas que tienen sobre sus techos de paja toritos de arcilla que ahuyentan el miedo y los malos recuerdos. Las puertas de las casas están siempre abiertas, algunas sólo cubiertas por cortinas multicolores, pero nunca cerradas bajo llaves o candados.

Los niños a menudo se divierten entre los puquiales y la inmensa laguna con cara de espejo, la cual dicen, guarda innumerables misterios; ya que debajo de ella se encuentra sumergido el antiguo pueblo de Puyumarca. Caminan por los cerros y escuchan el consejo de las piedras, ríen con las aves que les cuentan secretos a los oídos, persiguen a los sapos y recrean en sus propias palabras las aventuras del disimulado zorro.

En Puyumarca el viento es fresco y juguetón, quita los sombreros a los hombres y despeina a las mujeres, quienes presurosas recogen sus largos cabellos en trenzas que adornan con cintas de colores. En el río principal, el que atraviesa el pueblo entero como una serpiente ondulada, hombres, mujeres, niños y niñas pescan y lavan prendas sobre las piedras, pisándolas una y otra vez.

El río lleva agua fresca y cristalina, nadie sabe dónde nace ni a dónde van a parar sus aguas, se pierde entre la niebla. Cuando los pequeños juguetes o peines son arrastrados por la corriente nadie va tras ellos. Los niños han aprendido de los mayores que existe una frontera que no se debe cruzar.





TRAMIREZ - 2010

Turmania

De cabellos negros y mejillas muy coloradas, voz dulce y suave; inquieta como las vicuñas, curiosa como las aves. A sus seis años todos en el pueblo la llamaban «Turmania» porque vestía siempre un poncho de colores, como el arco iris. Turmania había encontrado aquel poncho entre los recuerdos de su abuelo, el que luego convertiría en el favorito entre todas sus prendas. Se abrigaba en las noches de helada o cuando iba al campo con sus amigos y el viento los fastidiaba soplando fuerte, muy fuerte.

Paseaba por cada rincón de su pueblo, pero en especial le gustaba rondar la laguna. Salía de casa con el pretexto de mojarse los pies, le agradaba el hormiguelo que producían las piedrecillas del borde de la laguna mientras pisaba despacito, llevando sus sandalias en las manos.

Su madre le había prohibido acercarse a la laguna los días en los que la niebla se hacía más espesa. Pero era precisamente aquello lo que le fascinaba a Turmania. Al llegar al borde de la laguna escuchaba una melodía encantadora, como si un gran conjunto de músicos estuviera en algún lugar de la cocha. Entonces se quedaba cerca, a veces oculta detrás de una roca para poder en algún momento conocer a aquellos misteriosos músicos, pero ello nunca ocurría.

En las noches de luna llena, los chicos del pueblo corrían hacia la laguna y se quedaban mirando en silencio el reflejo de quillari, luz de luna que iluminaba el lago. Juntos, entrelazando los brazos y pensando en las historias del pueblo sumergido, se esforzaban por mirar al centro mismo, queriendo encontrar aquella torre de oro, que decían, era parte de la antigua iglesia y que solo en noches de luna llena podía verse.

Cuando la niebla se tornaba nuevamente espesa y la luna se ocultaba, regresaban a casa a abrigarse en sus camitas, entre sus pellejos calientes. Turmania se quedaba siempre al final para intentar descubrir el misterio que escondía la niebla que rodeaba su pueblo. Sola, alejada del grupo volvía a oír a los músicos, arpas y violines en medio de la oscuridad.





TRAMIREZ-2010

El camino de la laguna

Cierto día, su madre, que estaba muy ocupada, le pidió a Turmania que llevara un encargo a la casa de su madrina al otro lado del pueblo. La madre preparó un atado de hierbas aromáticas que ellas mismas habían cultivado en el patio trasero de la casa: hierba luisa, romero, orégano, manzanilla, menta, ruda y algunas hojas de llantén. Le pidió que fuera sin detenerse, que por ningún motivo tomara el camino de la laguna donde la niebla era más espesa y que regresara antes que cayera el sol.

Turmania se abrigó con su usual poncho de colores, cogió el atado de hierbas y salió con dirección a la casa de su madrina. Su madre la despidió desde la puerta, en ese momento cruzó el cielo un viejo cóndor al que las dos, madre e hija, hicieron un gesto de saludo cariñoso con las manos.

Cuando estuvo lejos de la vista de la madre, la niña se dirigió por el camino de la laguna donde la niebla era más espesa. Esperando oír aquella melodía misteriosa y quizá con suerte ver a los músicos que nunca se dejaban ver.

Esta vez Turmania no se quedó sólo en la orilla mojándose los pies, ni escondida detrás de una roca. Al ver la niebla tan blanca le provocó tocarla y fue cuando escuchó la música más intensa que nunca. Corrió hacia el lugar del cual suponía que venía, pero cuanto más la buscaba, más se alejaba aquella encantadora melodía. Extasiada por las cuerdas del arpa y el violín iba disfrutando el olor de las hierbas frescas que acercaba a su rostro para sentir su intensidad. Estaba tan distraída con la música y los olores de las hierbas cuando cruzó raudamente un puma que hizo que la niña se apartara del camino y fue cuando tropezó y cayó a un agujero.





El encuentro con el Muqui

Turmania se levantó presurosa y asustada por la caída. Sacudió el polvo de su poncho y buscó el atado de hierbas que al caer había soltado de las manos. Fue entonces cuando oyó un gemido triste, como de alguien que llora cuando no quiere ser oído.

Al buscar con la mirada, en un rincón de aquel agujero vio a un hombre pequeño, casi de su tamaño. Su ropa era como las que había visto en las fotografías en el baúl de su abuelo. Tenía una vieja lámpara en el piso y su carita arrugada estaba toda manchada de negro.

El hombrecito que no se había percatado de la presencia de Turmania seguía sentado, gimiendo y masticando sus hojas de coca. Turmania se acercó despacio, discreta y en voz muy baja, para no asustarlo, le preguntó: «¿Por qué lloras?» El Muqui que recién veía a la niña se quedó en silencio, pálido.

El viaje a través del túnel

Después de secarse las lágrimas, el pequeño hombre se acomodó el protector de minero, se amarró las botas, colgó su lamparita en la Cintura y recién pudo contestarle a la niña, «lloro por mi madre».

Ante la extrañada mirada de la niña, el Muqui le pidió que lo acompañara. Le dijo que le mostraría la razón de su pena. A gatas fueron a través de un largo túnel donde sólo podía caber un niño. Llegaron entonces a un desnivel donde el túnel se convirtió en una especie de tobogán; cuando se dio cuenta estaba resbalando vertiginosamente sobre una gran serpiente que se movía ondulante. A medida que se deslizaban por ella, Turmania veía a los lados rostros, personas cantando, llorando, bailando, vacas, carneros, ríos, cementerios, comida, nubes, oía música; como si mirara por la ventanilla de un carro en movimiento viajando a través de una carretera a gran velocidad. Resbalaron hasta caer tendidos sobre tierra y piedras de muchos colores.

Recorrieron a gatas un pequeño trecho más y llegaron al final del túnel, se sentaron entonces al borde de este. El Muqui, cuidándose de la luz del día, cobijado aún por la sombra del túnel, extendiendo su brazo y señalando al frente dijo, «esto es por lo que lloro». Turmania que apenas se recuperaba de aquel estrepitoso viaje, siguiendo el lento recorrido del brazo del pequeño hombre, miró hacia delante y lo que vio fue un monstruoso y profundo agujero. Era enorme, como si un gran meteorito hubiera caído allí. El lugar lucía silencioso, partido, muerto; con el viento silbando tristemente y el sol apagado.

Cuando volteó a preguntar al Muqui sobre aquel agujero, vio como de los ojos de éste caían lentamente lágrimas que al ir rodando por sus mejillas se convertían en pequeñas bolitas escarchadas, las que recogió y disimuladamente guardó en sus bolsillos.



TEAMIREZ-2010

La ciudad invisible

«En este lugar vivió mucha gente, recuerdo sus fiestas, sus trajes multicolores. A veces vengo a este lugar y acaricio las entrañas de mi madre muerta. En otros tiempos ella arreglaba sus polleras, peinaba sus trenzas y acariciaba su vientre sin presagiar lo que vendría después».

Mientras el Muqui recordaba, Turmania cubriéndose los ojos con las palmas de las manos trataba de imaginar aquella ciudad. Buscaba en la oscuridad de sus ojos cerrados, calles lluviosas, iglesias, casas, gente danzando, trenes, colegios, lagunas, granizo y nieve cubriendo aquella ciudad invisible.





TEAMIREZ - 2010

Pachamama

«Los mineros llegaban presurosos y tomaban sus picos y sus lampas. Al principio era entretenido verlos llegar allá adentro y probar su fuerza. Hicieron caminos dentro de la tierra, largos socavones por donde se paseaban en pequeños vagones. Los fastidiaba y ellos me hacían regalos para dejarlos tranquilos. Pero de repente todo se fue volviendo cada día más peligroso; llegaron más y más hombres que no se conformaban con pequeñas cantidades, se llevaron camiones repletos de plata, cobre, carbón, oro...

Luego ya no fueron palas, lampas o picos, era dinamita la que explotaban. Comenzaron el viaje en ascensores de metal, en jaulas que los transportaban a lugares muy profundos. Me llevaba el mineral lo más lejos que podía, pero ellos fueron más fuertes. No les importó siquiera la muerte de sus hermanos, ni la sangre que quedaba en los socavones. Pedazo a pedazo fueron desapareciendo el cuerpo de mi madre, hasta que su corazón dejó de latir. Entonces llegó el día en el cual ya no había nada más que hacer, cargaron todas sus máquinas, las toneladas de mineral, a sus familias y se marcharon de aquí; dejando a mi madre muerta».





TRAI

Yaku

El Muqui no dejaba de lamentarse y era imposible que Turmania pudiera decir alguna palabra. Escuchaba en silencio, con los oídos alerta, como se lo había recomendado tantas veces su abuela. Pensaba en aquella ciudad invisible, en Puyamarca y en la tierra a quien tanto agradecían. Le costaba creer que las personas hubieran sido capaces de dañarla hasta dejarla en ese estado. En aquello estaba su pensamiento cuando nuevamente volvió a percatarse de la voz del pequeño hombre, que continuaba:

«Esa era una gran laguna en la que mojaban sus alas las huachuas y los patos, las gaviotas descansaban sus patitas y las truchas huían de sus picos hambrientos. Alrededor se sentaban las mujeres con sus polleras de colores y se peinaban unas a otras mojándose con el agua fresca que remojaba sus pies.

Un día vi desde los agujeros de la tierra cómo molestas se mudaban las aves. Cargando a sus polluelos se fueron dejando a la laguna agonizante para no volver más, el agua se había vuelto ácida. Aquella laguna se convirtió en un charco amarillento repleto de desechos fríos y secos, todas las criaturas sedientas se escaparon o murieron».

–En mi pueblo, el agua es limpia y clara, la tierra está viva y nosotros con ella –Turmania interrumpió al Muqui.

–¿Cómo se llama tu pueblo? –preguntó el Muqui.

–Puyamarca –dijo la niña.

El Muqui levantó la mirada, sus ojos se abrieron como dos platitos y mirando fijamente a la niña sólo alcanzó a exclamar con gran sorpresa:

¡Imposible!





La música entre la niebla

El Muqui quedó muy sorprendido al escuchar el nombre del pueblo de Turmania, entonces recién reparó en el poncho de colores que llevaba la niña. Al verlo despertó en él una fantástica familiaridad. Pronunció en aquel momento el nombre del arco iris con tanta pasión, que nuevamente volvieron a caer lágrimas que se transformaban en bolitas escarchadas al rodar por su rostro.

«¿Entonces en realidad existe Puyamarca?», dijo entre sollozos. «Tantas veces he visto partir a las aves, a las tarucas, a los pumas y a los zorros diciendo que se iban a vivir a Puyamarca. Que allí el Yaku y la Pachamama estaban vivos. Que se tenía que seguir sin preguntas el recorrido del río que se pierde detrás de la niebla. Que allí un poder misterioso se había encargado de ocultarlo bajo un gran manto blanco. Todos los que transitan entre la vida y la muerte hablan de Puyamarca, de sus callecitas de tierra, de la gente de mejillas muy coloradas. Un día quise partir con ellos, pero ¿quién velaría los restos de mi madre? Seré su guardián por siempre, más allá de todos los finales».

Turmania le contó entonces que iba camino a casa de su madrina, pero queriendo saber de dónde provenía aquella melodía misteriosa que se perdía entre la niebla, había tropezado y caído al lugar donde se encontraron.

El Muqui se apresuró a añadir, «yo llegué a aquel agujero siguiendo a unos músicos que cargados de violines y arpas siempre corren en esa dirección. Les oí decir que era el momento preciso, que en Puyamarca la niebla estaba muy espesa, que era el instante del encuentro con las sirenas en el lago, que es cuando ellas les entregaban sus melodías».



En el camino del túnel

El Muqui siguió con su relato, «en este túnel me he sentado a oír las conversaciones de las personas que regresan de Puyamarca. Ellos nunca saben que estoy aquí, pasan comentando lo que allí han visto. Vuelven satisfechos de tanta comida y bebida, contentos».

Turmania no sabía de nadie en su pueblo que hubiera estado por allí, en el túnel, al borde de la ciudad invisible. Lo sabría, la gente en el pueblo siempre cuenta de sus viajes, aunque todos aquellos fueran sólo dentro del pueblo ya que nadie debe cruzar jamás la neblina.

El Muqui le contó entonces que una vez, sólo una vez había hablado con uno de esos viajeros. En uno de esos días, los únicos días del año en el que los que ya no están en vida regresan a casa.

En el camino del túnel, aquella vez, mientras sentado oía las conversaciones de los caminantes, había reconocido a un hombre; a uno que había conocido en el socavón hace muchísimos años. Había sido este hombre uno de sus mineros favoritos, gran amigo y respetuoso de la tierra. Le llevaba siempre hojas de coca y dulces que se los dejaba escondidos en algún lugar del socavón.

Cierto día el Muqui juguetón había decidido entregar a su amigo, a cambio de su benevolencia, el secreto que todo minero quiere encontrar: un rincón oculto repleto de oro. Un rincón que descubrió a su amigo, donde además, por la prisa de no ser visto por un grupo de mineros bullangueros y jactanciosos que se acercaban en un vagón, había dejado olvidado su abrigador poncho de colores.

El Muqui acariciando suavemente el poncho que llevaba puesto Turmania, le dijo que después de aquella vez de haberle regalado el rincón repleto de oro a aquel minero, no lo había vuelto ver más en los socavones. Hasta aquel día en el túnel, en el regreso de la fiesta de Todos los Santos, cuando el anciano le dijo que regresaba de Puyamarca.



TRAMIREZ-2010

El baúl del abuelo

Turmania estaba maravillada con todo lo que oía, de la ciudad invisible, de los viajeros en aquel túnel. Aquella historia era muy parecida a las fotografías que había encontrado ocultas en el baúl de su abuelo. Le contó que entre todos los recuerdos en aquel baúl había encontrado también aquel poncho de colores que tanto le gustaba.

En esos recuerdos estaba cuando de pronto el Muqui le preguntó, «¿a qué ibas a la casa de tu madrina?»

Entonces la niña se percató que no tenía las hierbas aromáticas en la mano y se puso a buscarlas por los rincones. Estaba muy preocupada recordando la advertencia de su madre, de regresar antes que cayera el sol. Los dos, de rodillas, el pequeño hombre y la niña, se pusieron a buscar el atado de hierbas; cuando de pronto oyeron un ruido estrepitoso precedido por un gran remezón. La niña se preocupó y trató de encontrar el atado de hierbas creyendo llegar a tiempo a la casa de su madrina.

Ambos daban vueltas por el piso, buscado debajo de las piedras y la tierra seca. De pronto se quedaron mirando frente a frente, agachados, con las rodillas y las palmas de las manos en el piso. Entonces la niña dijo, «Me has contado de aquella ciudad, de la ciudad invisible, pero no me has dicho cómo se llamaba»

El Muqui haciendo un gesto de haber olvidado algo muy importante, exclamó, «¡Es cierto!, aquella ciudad que sólo se puede ver con los ojos cerrados se llamaba...»

En ese momento regresó aquel ruido estrepitoso que interrumpió violentamente la conversación. Un gran temblor comenzó a remover y dar vueltas todo. De repente Turmania sintió como una fuerza descontrolada la absorbía como una gran boca a un pequeño bocado y se vio nuevamente resbalando por aquella serpiente-tobogán. El Muqui le estiró la mano para sujetarla y ella trató de agarrarse del pequeño hombre, pero el movimiento era tan intenso que apenas lograron tocarse las yemas de los dedos.

Esa fuerza descontrolada la absorbía y veía pasar nuevamente a los lados rostros, personas, animales, lagunas, vacas, cementerios, carneros...

Cuando por fin todo se calmó, cuando el ruido y el movimiento descontrolado desaparecieron, estaba sola tendida en medio de aquel agujero a donde había caído inicialmente. Miró para todos lados, llamó al Muqui, buscó el túnel por donde habían salido a gatas, pero no lo encontró. A pocos pasos estaba tirado el atado de hierbas que momentos antes buscaban ella y su pequeño amigo.

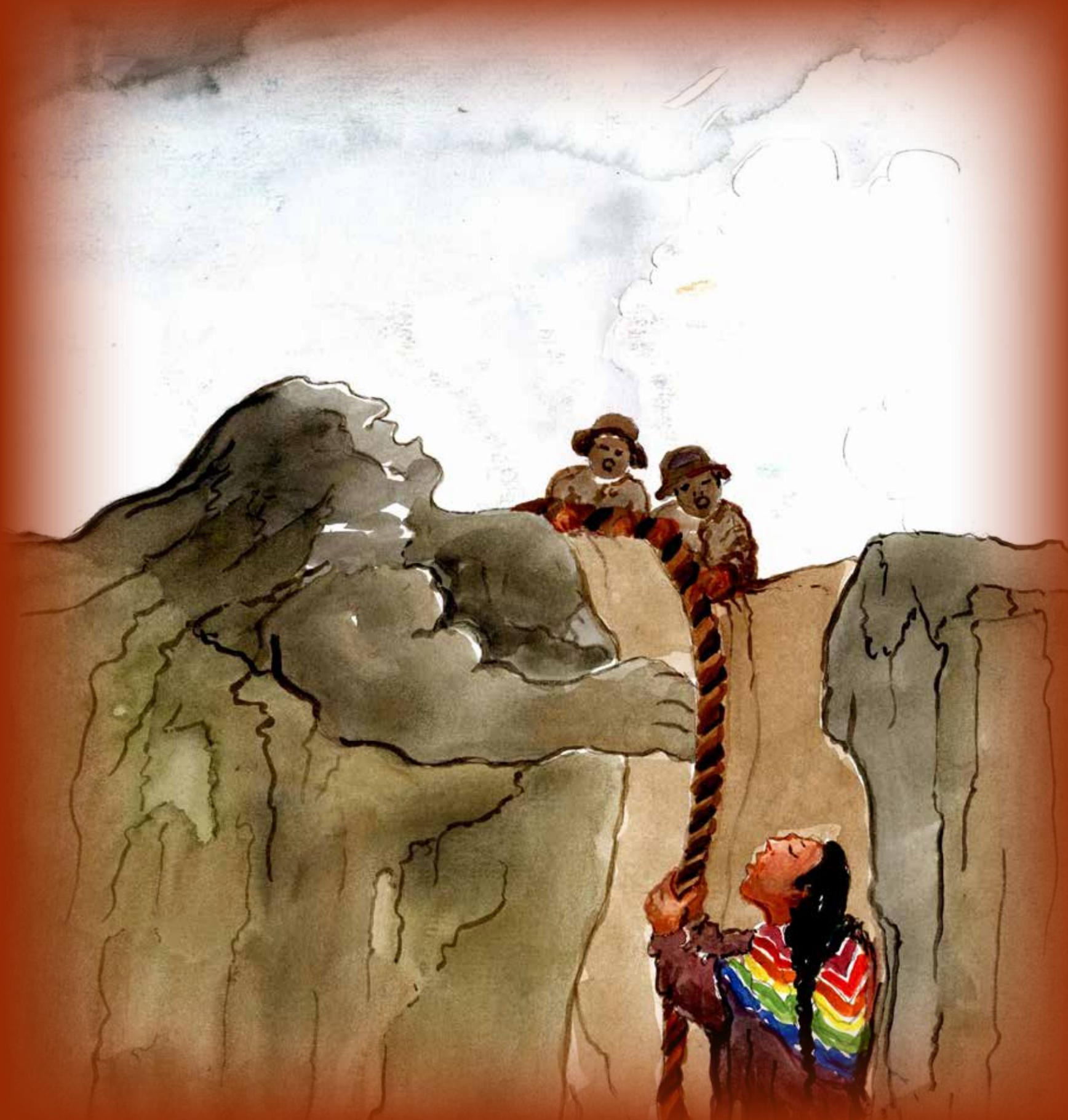


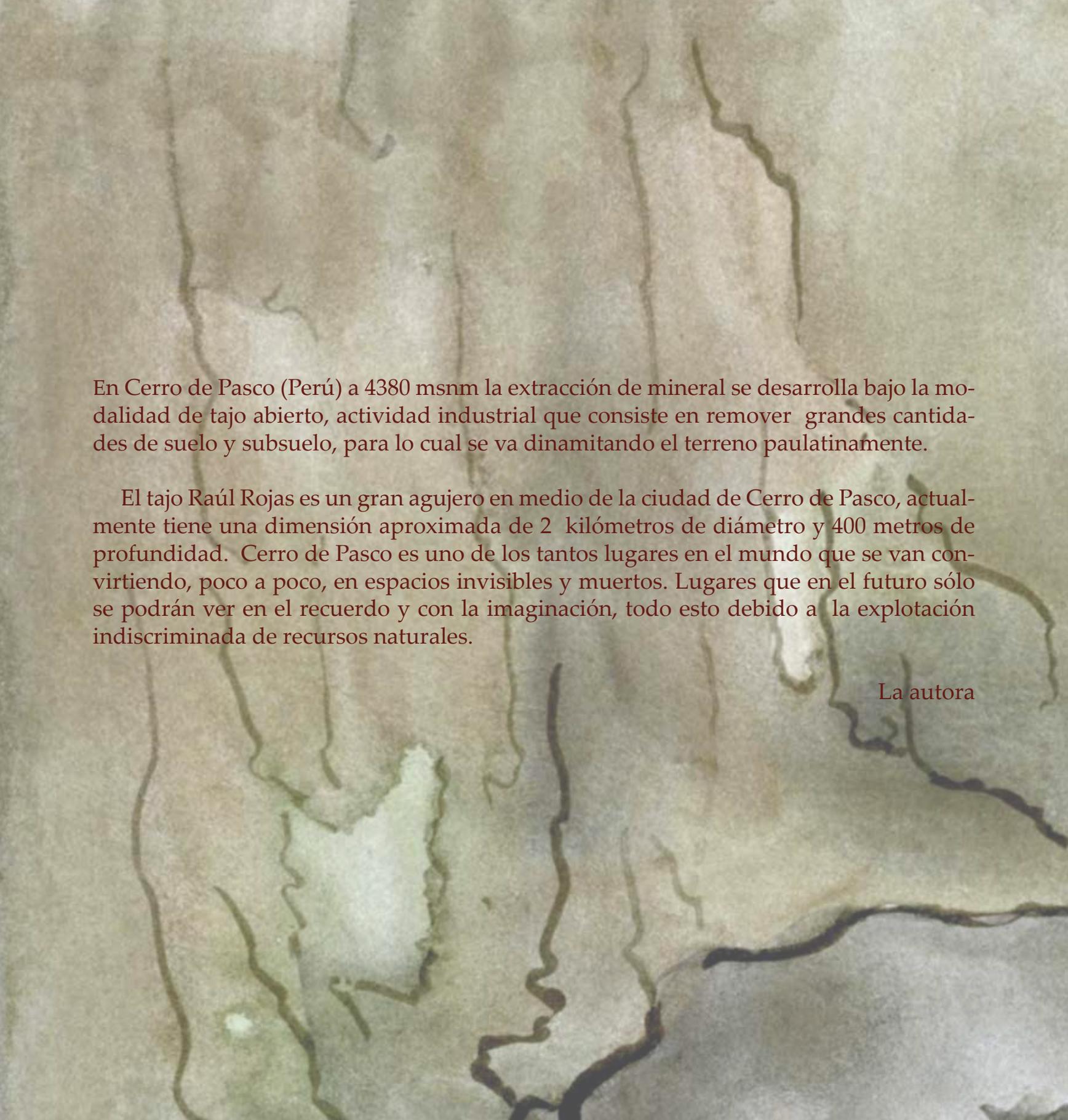
El regreso a Casa

Sacudía el poncho de la tierra impregnada, cuando escuchó a lo lejos las voces de su madre, su abuela y su madrina, supo entonces que la noche ya había caído. Oyó muchas voces, el pueblo entero había salido a buscarla y la miraban curiosos e impacientes desde arriba del agujero. Unos hombres le alcanzaron una cuerda con la cual la ayudaron a subir.

Las mujeres la abrazaron tranquilizándose unas a otras. Turmania con mucha emoción comenzó a contarles de su caída, del encuentro con el Muqui, del viaje en el túnel y la ciudad invisible. Su madre muy molesta le advirtió que jamás volviera a acercarse al lugar de la neblina y que aquello que ella creía haber visto, era probablemente producto del sueño provocado por el golpe de la caída. Ante las preguntas llenas de desconcierto de sus amigos y amigas que la rodeaban Turmania no dijo nada más y siguió a su madre en silencio.

Caminando de regreso a casa, mientras recordaba lo vivido y convenciéndose a sí misma que todo aquello no había sido un sueño, introdujo la mano a uno de sus bolsillos y encontró las bolitas escarchadas que se habían formado de las lágrimas del Muqui. Las apretó fuerte en la palma de la mano, subió hasta la habitación donde estaba el baúl de su abuelo y las dejó caer una a una sobre las fotografías diciendo, «abuelito, hoy conocí tu pueblo y a tu amigo el Muqui».





En Cerro de Pasco (Perú) a 4380 msnm la extracción de mineral se desarrolla bajo la modalidad de tajo abierto, actividad industrial que consiste en remover grandes cantidades de suelo y subsuelo, para lo cual se va dinamitando el terreno paulatinamente.

El tajo Raúl Rojas es un gran agujero en medio de la ciudad de Cerro de Pasco, actualmente tiene una dimensión aproximada de 2 kilómetros de diámetro y 400 metros de profundidad. Cerro de Pasco es uno de los tantos lugares en el mundo que se van convirtiendo, poco a poco, en espacios invisibles y muertos. Lugares que en el futuro sólo se podrán ver en el recuerdo y con la imaginación, todo esto debido a la explotación indiscriminada de recursos naturales.

La autora

Elizabeth Lino Cornejo (Cerro de Pasco, Perú), Investigadora, teatrística y narradora oral. Trabaja los temas de memoria e identidad. Bachiller en Literatura por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Lima, Perú). Ha realizado cursos de especialización dentro del programa de Estudios Teatrales y Audiovisuales en la Universidad de A Coruña (España). Actualmente cursa una maestría en Antropología dentro del Programa de Estudios Andinos en la Universidad Católica del Perú.

Ha publicado *Nuestros abuelos nos han dicho*, primera mención al mérito artístico en la Primera Bienal Intercontinental de Arte Indígena Inti Ñan, Camino del Sol (Ecuador, 2006), en la categoría premio Atahualpa a la tradición oral. Es coautora del libro *Oía mentar la hacienda San Agustín*, premio Andrés Bello de Memoria y Pensamiento Iberoamericano 2006, en la categoría memoria oral.

Turmania en la ciudad invisible fue finalista de la tercera Bienal de Cuento infantil ICPNA 2008.

Turmania es una niña que viste siempre un poncho de colores, como el arco iris, he ahí la razón de su nombre. Vive en Puyumarca, un pueblo rodeado por una espesa neblina. Cierta día, en que va camino a casa de su madrina, atraída por una melodía misteriosa, se acerca al lugar de la laguna donde la niebla es más espesa. En un descuido, por esquivar el paso de un puma, cae en un agujero donde se encuentra con el *Muqui*, aquel pequeño guardián de las minas, quien entre penas y recuerdos la lleva a conocer la ciudad invisible.

Un viaje a través de una enorme serpiente le mostrará un lugar de tierra muerta, aguas ácidas y ausente de color, muy diferente a la vida en Puyumarca.

